

IX.

CELOS.

Lucila á Natalia.

«Madrid y Junio de 184....»

»Contesto á tu carta, mi querida amiga, ántes de que la luna de miel te impida leer mi respuesta.

»Ante todo recibe mi enhorabuena por el triunfo de tu talento, que tan buena boda te proporciona; harás de gran señora en el mundo tan bien, por lo ménos, como lo habrás hecho en el teatro cuando te haya tocado desempeñar este papel, porque alguna vez habrás tenido que violentarte, si el que te destinaban era de mujer desgraciada y triste; el de mujer alegre, coqueta y despreocupada te sentará mucho mejor.

»Yo debia haber hecho lo que tú y haberme casado con un viejo opulento, como mi madre me aconsejaba; pero me enamoré, y el edificio de mi fortuna vino al suelo.

»Creí haber edificado para siempre el de mi felicidad; pero éste, que hace tiempo amenaza ruina, está hoy próximo á derrumbarse tambien.

»Te extraña esto, ¿no es verdad? Pues todavía crecerá tu admiracion cuando sepas que la persona que lo está derribando, sin saberlo, vive cerca de tí y bajo ese cielo tan lejano del en que yo respiro.

»Mi marido está enamorado, y yo celosa.

»¿Y sabes quién es el objeto de su amor? Clemencia. Esa Clemencia, cuya historia me has contado en tu última carta, y á la que no dejo de aclamar como el prototipo de la virtud.

»Cárlos la ama; pero me dirás : ¿cómo la ama, si no la ha visto nunca?

»Hé aquí lo extraño, lo inverosímil, lo peligroso.

»Para la imaginacion poética; soñadora, desocupada, por decirlo así, de mi marido, lo invisible, lo lejano, lo desconocido, es lo que más atractivos reúne.

»Tú sabes el afan que hay en España, y sobre todo en Madrid, por leer novelas francesas.

»Cárlos, así que sale de la oficina, se pone á leer; un día le prestaron una novela de Clemencia; una novelita original, quizá aquella misma que produjo una camisa y una corbata para su marido; que produjo tambien la lastimosa demencia del mio.

»Desde aquel dia, gran parte de su tiempo lo ocupa en buscar novelas de Mme. Merval en todas las librerías, en las bibliotecas de sus amigos, y hasta en los baratillos y en los puestos de libros viejos que hay por las calles.

»Por fortuna, Clemencia no es muy fecunda, ni aquí tienen gran fama sus obras, pues sólo ha podido hallar dos originales y tres traducciones.

»¿Comprendes mi cólera y mi dolor? ¿Comprendes toda la extension de mi mal?

»Si al ménos ella estuviera aquí, habria en su vida, en su persona, en sus sentimientos algo de prosa, algo de esa prosa que tenemos todas la mujeres, y mi marido se desencantaria y olvidaria ese delirio lastimoso; pero así, de léjos, cada dia crecerá, y es inevitable que esto suceda, porque lo lejano es, como ya te he dicho, lo que más seduce á imaginaciones como la suya.

»Es el amor de la cabeza, ya lo sé, porque el del corazon sólo con el trato nace y crece; pero ¿qué me importa, si por este amor he llegado yo á serle enojosa y mis hijos casi indiferentes? ¿Qué me importa, si cuando sueña llama á Clemencia, si se va á pasear solo y pensativo por los sitios ménos frecuentados, para pensar en ella?

»Para colmo de males, un jóven que acaba de llegar de París, y que es amigo de un amigo suyo, dice que la conoce y asegura que es encantadora.

»¡Esto me indigna! Quizá sea mentira, y habla así por darse importancia; las personas que valen ó suponen algo pueden estar seguras de tener muchos amigos que se jactan de serlo en sociedad, y á quienes quizá no han saludado, ni áun visto, en su vida, porque no les han mirado á la cara. Tal vez Clemencia es fea; tal vez no es como ese hombre dice, y la cabeza acalorada de mi marido sueña con una belleza celestial.

»Y áun cuando realmente fuese bonita, ¿no puede ser tambien vulgar, arisca, de mal carácter, de modales ordinarios? ¿No puede caer alguna vez en el ridículo? ¿Ha de ser precisamente una perfeccion?

»En el amor, un nada desilusiona, y ese nada es fácil que lo halle Cárlos en ella, viéndola como sea en realidad, y no bajo el velo mentiroso de la distancia.

»Es, pues, forzoso que venga; yo no puedo ir, ni por la posicion de Cárlos, ni por mis pequeños hijos; que venga ella, pues, á reparar el daño que me ha causado.

»Una vez aquí, yo procuraré superarla en algo; porque no valgo tan poco, que no pueda aspirar á tener sobre ella alguna ventaja.

»Una vez aquí, yo descubriré sus defectos por recónditos que estén, los abultaré, y la colocaré en una posicion falsa y de la que no pueda salir sino por medio del ridículo.

»Me dirás que estoy loca, y quizá tengas razon: por lo ménos tengo dos causas para que mi juicio se halle en grave peligro: estoy celosa y enamorada..... ¡de mi marido!

»Quisiera evitar este segundo mal; los celos del amor propio son ménos dolorosos que los del amor; pero ¿qué remedio? Amaba tanto á mi marido cuando me casé con él, que este amor llenó toda mi alma para no salir de ella nunca.

»La pobreza es, ademas, el más fuerte sosten de los amores legítimos; ¿á quién he de amar, ni quién ha de hacerme la córte, si no salgo del rincon de mi casa?

»Cuando una mujer sale mucho y asiste á los paseos, á los espectáculos, á las fiestas, tiene de sobra quien la galanteé, quien la mire y quien la rodee de seducciones: yo me he consagrado exclusivamente al cuidado de mi casa y de mis hijos: apénas me visto: me ocupo de los

quehaceres más fatigosos y más rudos : jamas han sido bonitas, ni tenidas por tales, unas manos que se que- man dos veces por semana con la plancha; pero ¡ pacien- cia! ésta es la vida doméstica, cuando la fortuna huye del hogar.

» Mas, sin embargo, todo esto podria ser un mérito para Cárlos si llegase á perder sus ilusiones de poesía y de amor literario.

» Es, pues, preciso que esa mujer venga aquí : otra lo temeria como un mal irremediable : yo lo anhelo como el único remedio de los míos.

» Dices que se va á América : ¡ oh! si esto sucediese, si se alejase tanto de Cárlos, que éste perdiese la espe- ranza de verla, entónces quizá atropellaria por todo y se iria tras ella.

» Si no lo hiciese, con la distancia se haria mayor su tristeza y creceria su delirio : ¡ tal vez perderia la razon!

» ¡ No, no; en vez de irse á América, es preciso, in- dispensable, que venga aquí!

» No te pido auxilio para realizar mi propósito : tú vas á hallarte muy ocupada con tu boda, y ademas quiero que toda la gloria de la empresa sea mia : mia solamente.

» ¿ Será cierto que tu hermano pierde la vista? ¡ Qué desgracia tan terrible!

» Adios : en otra te hablaré de esto : mis penas son egoistas y sólo me dejan repetirte hoy que te ama como siempre tu

LUCILA.»

X.

SOMBRAS.

Era una tempestuosa noche de estío.

Las nubes que entoldaban el cielo no habian aún abierto sus senos para dar paso á la lluvia, pero ora se amontonaban en negros grupos, ora volaban impelidas por el viento como sombras errantes y perseguidas.

Azulados relámpagos cruzaban de vez en cuando el cielo como serpientes de fuego, iluminando las casas, cuyos balcones se iban cerrando herméticamente, y las calles, por las que transitaban las gentes con toda la rapidez posible, temerosas de la cercana tempestad.

El calor era sofocante; parecia que el pavimento des- pedia fuego y que el aire estaba impregnado de mias- mas blandos y nocivos.

Sentíase ese perfume propio de la tierra cuando ame- naza la lluvia, tan grato para las personas nerviosas y débiles, que parece transmitir nueva vida á su cuerpo y alguna alegría á su alma.

Eran las once de la noche, y segun he dicho ántes, la mayor parte de los balcones se cerraban precipitada- mente por temor á la tormenta.

Jamas he sentido ante las tempestades otra cosa que una religiosa admiracion; paréceme que en ellas veo más claro el poder y la majestad de Dios, y que estoy, en tanto que duran, más cerca de Él; paréceme el aparato celeste una expresion elocuente de su enojo; veo al padre que reprende, lastimado por los desórdenes de sus hijos, y que les muestra una pequeña parte de su poder para que teman su castigo.

Tal vez para esta disposicion de mi ánimo influyan las primeras ideas que me hicieron formar acerca de las tempestades. Tenía yo una abuela, anciana venerable, noble, digna y bondadosa, á la que preguntaba, cuando, jugando sentada á sus piés, llegaba á mis oidos algun trueno :

—¿Qué ruido es ése?

—Son los angelitos, que se llevan unos á otros en coche—me respondia para no asustarme, miétras pasaba entre sus dedos las cuentas de su rosario de perlas.

—¿Y dónde juegan, que yo no los veo?

—Allá arriba.

—¿En el cielo?

—Sí, en el cielo.

—¿Y esas luces?

—Es que otros angelitos hacen fuegos como los que viste hace pocas noches en la plaza.

—¡Ah, ya! ¿Aquellos cohetes?

—Sí.

—Pero..... ¿si ahora es de dia!

—En el cielo, hija mia, no hay noche jamas.

—Y la lluvia ¿qué es?

—Agua que hay encerrada en las nubes, y que Dios envia para que se lave la tierra.

Despues de estas respuestas volvia yo á mis juegos muy tranquila, y aunque la tempestad creciese de un modo espantoso, jamas me amedrentaba.

Poco á poco otras ideas tan suaves y tan tranquilas como las anteriores me fueron trasmitidas; pero en ellas se me presentaba á Dios rodeado de alegría y de luz, lleno de majestad y derramando beneficios y dicha de su mano providente.

Primero que los efectos atmosféricos, he visto siempre la majestad de Dios, causa suprema de todo lo que existe.

Hay en la tempestad algo de su grandeza, y nada de lo que es grande me intimida, guardando todo mi terror para lo que es bajo y ruin.

Tampoco debia estar muy amedrentada por el magnífico espectáculo que el cielo presentaba, una mujer de alta estatura, que se apoyaba en el antepecho de un balcon situado en el arrabal de San Antonio.

Aquel balcon pertenecia, como otra larga fila de ellos, á una hermosa casa, ó más bien á uno de esos modernos palacios, que reunen á la magnificencia de la arquitectura los adelantos de construccion de la época.

La mujer que se apoyaba en el antepecho estaba vestida de luto; tras ella se divisaba, á la luz de los relámpagos, una figura negra, porque el aposento á donde daba el balcon no tenia luz.

Todo eran sombras sobre ella, detras de ella y en ella misma: sus ojos brillaban con el fuego de la calentura?

su boca se abría con una sonrisa amarga: cuando algun fugitivo resplandor la iluminaba, se la veía con los ojos clavados en el cielo, como buscando en él consejo, ó inclinados hácia abajo, como buscando el abismo sin fin de la oscuridad.

Los truenos empezaron á rodar sobre su cabeza, remedando, en efecto, su rumor el de las carrozas invisibles de que mi abuela me hablara tantas y tantas veces, y que yo creía de plata y oro; y este imponente estruendo sacó á aquella mujer de su dolorosa apatía.

—Estoy resuelta, dijo hablando consigo misma, como si necesitase oír su pensamiento; él se ha casado ayer; ya es imposible para mí.... ¡Londres! ¡ir á Londres yo! ¿para qué? ¡Ya no soy otra cosa que un cadáver, y debo ir á buscar el cementerio! ¡Pobre, sola en la tierra desde que murió mi padre, llevando un nombre que él deshonoró y que no ha podido vindicar la restitución que hice, me hallo tan desgraciada, que no me siento con fuerzas necesarias para instruirme en esa religion sacrosanta de que tantas veces he oído hablar, y que, según dicen, es el consuelo de todas las penas de la existencia! ¡Oh! ¡si Rafael me hubiera amado siquiera con la tibia amistad de hermano, nunca hubiera deseado dejar la vida, y hubiera pensado alguna vez en la eterna!

Calló la desgraciada mujer; aquella alma estaba cubierta de una sombra tan densa como la que envolvía la naturaleza; y, sin embargo, hay en el suicidio algo de tan repugnante y cobarde, que retrocedía ante él, trémula, llena de un pavor que no sabía definir ni explicarse.

Midió lo que dejaba detras de ella al salir del mundo, y no vió nada..... nada absolutamente..... no era bella, ni buena, ni afectuosa, y por tanto, jamas la habia amado nadie; la pobre Amanda no tenía detras de sí ni un solo recuerdo dulce y grato.

—¡Partamos, murmuró de nuevo, pero no á Londres, sino á un viaje más largo, del que no se vuelve jamas! Mi padre decía que la muerte es el descanso, y la muerte debe ser tambien el olvido. En el sepulcro no me acordaré de esa niña que ha llegado á ser esposa de Rafael; no me acordaré de esa mujer á quien él ama tanto; de esa odiosa Julia, á la que ha querido castigar de sus desdenes casándose con la hermana de su marido, pero á la que—el corazon me lo dice—¡no ha cesado de amar un solo instante! ¡Nada hay en torno mio, nada despues de la muerte! ¡Más vale aquella nada que da el descanso, que esta que me hace sufrir!

Desapareció del balcon y entró en la oscura estancia; con poco trabajo halló el pestillo de una puertecilla situada detras del balcon; la abrió, y se halló en una angosta escalera, que bajó ligeramente, saliendo á la calle.

Comenzaba á caer la lluvia.

Amanda cruzó rápidamente algunas calles y llegó al puente del Sena; subió al pretil, y sin mirar al cielo, sin pronunciar un nombre humano, se precipitó en el fondo sombrío del agua, que se abrió para recibirla y volvió á unirse despues.

Ha desaparecido la figura negra de mi cuadro.

Su vida fué estéril como su muerte; pero ésta fué cul-

pable además : ni aún tuvo el mérito de servir de escarmiento, porque fué ignorada de todos.

¡Oh sagrada fe religiosa, fe pura, consoladora, eterna luz del alma! ¡Sólo tú la preservas de las sombras del dolor y de las tinieblas de la desesperación! ¡Sólo tú le abres los campos verdes y floridos de la esperanza en medio de las más grandes desgracias y de los más terribles dolores! ¡Sólo tú alcanzas á dulcificar todas las llagas del corazón, todos los sinsabores humanos!

Tú eres uno de los más grandes beneficios del cielo, y cuando tú faltas, los más ricos dones de la fortuna no alcanzan á llenar el horrible vacío de la existencia, ni á crear un *más allá*, donde descansemos de nuestra fatigosa carrera, como el bosque fresco y lleno de verdor, que ofrece asilo y reposo al viajero errante y desolado : sin tu presencia nada hay bello, agradable, bueno y hermoso, porque la existencia es sólo un inmenso erial.

 XI.

EL CASTIGO.

¿Con qué nombre se podrá designar el sentimiento que llenaba el corazón de Adelina desde el instante en que se decidió su boda con Rafael?

Yo no lo sé : nada hay más vago, más indefinible, más puro y más tierno, que las sensaciones de un corazón de quince años; la niña lloraba algunos ratos, y otros reía; algunos otros rezaba; se asomaba al balcón, y le parecía muy extraño que el mundo entero no tomase parte en su dicha; que las gentes anduviesen tranquilamente y que el cielo se cubriese de nubes, lo mismo que sucedía cuando ella no tenía nada en el corazón, cuando no era nada más que una chiquilla sin importancia, cuando no amaba á Rafael, ni éste la amaba á ella tampoco.

Su alegría, su asombro, por mejor decir, daba lugar algunas veces á un profundo reconocimiento hácia el cielo.

La pobre niña no tenía otras ideas religiosas que las que Julia había procurado inculcarle, porque ni Diego ni Natalia las tenían muy exactas, ni se habían cuidado